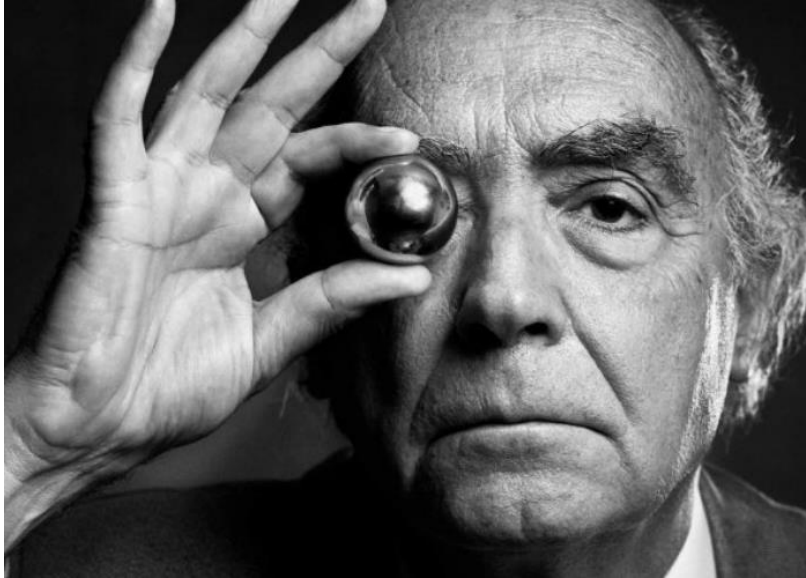


**Texto crítico literario
de
Antonio Gómez Hueso**

SARAMAGO: LA PERSISTENTE LUCIDEZ DEL GRAN FABULADOR

Antonio Gómez Hueso



Pocos creadores han entendido el mundo contemporáneo, occidental y capitalista, tan profundamente como Saramago. Pocos autores han sabido plasmar incisivamente las contradicciones, manipulaciones y absurdos de un sistema lleno de injusticia y violencia. Para describirlo, Saramago utiliza metáforas derivadas de situaciones insólitas, pero integradas en la cotidianidad del vivir; en esto se sitúa muy próximo a Kafka, uno de sus autores predilectos. Lo hace, además, con una coherencia y compromiso ético admirable, con una empatía total hacia las clases más desfavorecidas. Podríamos definirlo como un filósofo-novelistas, un pensador que utiliza una trama de ficción para provocarnos una especie de catarsis mental, que nos haga reaccionar ante las continuas agresiones que recibimos por parte de los poderes que rigen a las naciones: la política, la religión, la economía o los medios audiovisuales, utilizados como armas propagandísticas. Saramago cuestiona todos los dogmas inamovibles de la sociedad, ya que considera que coartan nuestra libertad: las creencias, la democracia, las utopías, las presuntas lecciones de la Historia, la incoherencias de la leyes... Se convierte en gran fabulador para transmitirnos,

precisamente, verdades que nuestra artificiosa y condicionada vida no puede vislumbrar.

Un repaso de los argumentos de sus principales novelas confirma la rica y variada visión que nos ofrece de temas claves. En *“Alzado del suelo”* expresa su condena de las dictaduras y reflexiona sobre las injusticias del mundo rural; en *“La balsa de piedra”* defiende la cultura ibérica en su relación con América y África, frente a las injerencias de la cultura europea; en *“Ensayo sobre la ceguera”* plantea una impactante fábula sobre la insolidaridad del mundo actual; en *“El hombre duplicado”* evidencia la falta de identidad del ser humano contemporáneo en medio de la masificación social ; en *“La caverna”* plasma el triunfo del capitalismo brutal sobre el pequeño comercio familiar; en *“Ensayo sobre la lucidez”* realiza una mordaz reflexión sobre algunos rituales democráticos, concretamente las elecciones; en *“Cáin”* y *“El Evangelio según Jesucristo”* nos ofrece hilarantes alternativas a pasajes, conceptos y doctrinas del Cristianismo. Sería arduo, y excesivo para este espacio, citar más obras; baste decir que también ha escrito novelas sobre el sentido del arte, la muerte, la revolución portuguesa, el consumismo, etc. Si a todo esto unimos sus cuentos, artículos, obras de teatro y poesía, tendremos un mosaico gigantesco que por sí solo explora y analiza la civilización en la que vivimos.

Por otra parte, es imposible separar la figura del Saramago-escritor con la del Saramago-persona; toda su vida transcurrió en coherencia total con su obra. Su postura a favor de causas justas, su posicionamiento ante el devenir de los tiempos que le tocó vivir y sus manifestaciones en entrevistas, ensayos y conferencias completan su rica aportación a la literatura y al pensamiento de nuestra época.

Capítulo aparte merecerían sus aportaciones lingüísticas a la novela, su forma de escribir. Su prosa es fluida, minuciosa y detallista. Narra excepcionalmente bien, con orden y precisión, manteniendo en todo momento el interés del lector. Los diálogos están integrados en la descripciones y usa las mayúsculas para

iniciarlos, pese a no ir precedida de puntos, sino de comas. No utiliza signos de admiración ni de interrogación. Se trata de una narración casi verbal, como la que hacemos cuando contamos un cuento. Con todo esto, Saramago ha creado un estilo propio, alterando algunos principios de la Gramática, por conseguir una gran riqueza de detalles y una acertada exposición del mundo interior de sus personajes.

Saramago no moraliza, no elabora un catálogo ideológico alternativo; simplemente expone las tribulaciones, miserias y grandezas de unos personajes sencillos en medio de la vorágine de un mundo insolidario, inhumano y artificioso. Toca al lector entender los desenlaces de estos dramas, extrapolarlos a su visión del mundo y sacar sus propias conclusiones. Ésta es la gran aportación literaria del gran fabulador: abrirnos los ojos un poco más para defendernos adecuadamente de las numerosas agresiones que sufrimos.

CAMUS: EL SENTIDO DEL ABSURDO

Antonio Gómez Hueso



Lo primero que llama la atención al reflexionar sobre la figura de Albert Camus es la tremenda vigencia de su propuesta literario-filosófica en 2020, a sesenta años de su muerte. El vertiginoso ritmo de las últimas décadas, con la aparición de Internet y los sofisticados sistemas de comunicación, el terrorismo, las crisis económicas, la caída de los regímenes comunistas, la crueldad de los radicalismos religiosos, las mafias, las pandemias, los poderes fácticos..., configuran un mundo muy distinto al de la posguerra europea, cuando escribió sus principales obras. Sin embargo, al leer a Camus percibimos que su pensamiento, su análisis crítico del ser humano, perdido ante todo el engranaje que configura nuestra civilización, sigue siendo válido y, más aún, es sumamente revelador para entender el laberinto existencial en el que nos movemos. Hubiera sido maravilloso conocer el posicionamiento que el escritor argelino habría adoptado ante todos estos sucesos contemporáneos, de no haber muerto prematuramente, a los 46 años, como consecuencia de un accidente de automóvil. Pero aún así, su compleja y singular obra sigue siendo una respuesta lúcida a todos los absurdos de los sistemas ideológicos, que nos estrangulan por doquier, una

propuesta de revolución interior sumamente válida y, sobre todo, un modo ético, comprometido y valiente de afrontar la vida.

Camus es una figura insólita dentro de la literatura y la filosofía de todos los tiempos. Inconformista, insobornable e inclasificable, se mantuvo alejado de cualquier tipo de creencia organizada. Aunque lo encuadramos en el existencialismo, lo cierto es que él mismo renegó de esta corriente y, como alternativa, se definió "*absurdista*", término que él mismo acuñó. Su figura es más bien la de un humanista escéptico, visionario, comprometido con su tiempo y con el papel del ser humano en este mundo. Pese a no integrarse en ningún sistema religioso y rechazar la vida futura que prometen los credos, confesaba tener "*un sentido de lo sagrado*", que él dirigía al desierto, el sol, el mar, los ríos, la noche..., es decir a los escenarios naturales de la vida, puros, latentes e inmaculados. Por eso escribió. "*La felicidad está en vivir sensorialmente al unísono con la naturaleza*". La promesa de una vida futura carecía para él de sentido: "*Amo demasiado la vida como para que me importe la eternidad*". Ensalzó el viajar como medio de sabiduría y optó por la libertad humana, aunque fuese "*absurda*", antes que por cualquier tipo de moral establecida. Espíritu sensible e independiente, pero con unos planteamientos viscerales, una coherencia vital, que llevó hasta lo que consideraba el límite de la "*libertad absurda*": "*la muerte prematura*".

El propio Albert Camus clasificó su obra en tres ciclos:

a) *Del absurdo*.— Que se refleja en la novela "*El extranjero*" (1942), los dramas "*El malentendido*" (1944) y "*Calígula*" (1945), y el excepcional ensayo "*El Mito de Sísifo*" (1942).

b) *De la rebelión*.— Que se encuentra en la novela "*La peste*" (1947), los dramas "*El estado de sitio*" (1948) y "*Los Justos*" (1950) y en el ensayo "*El hombre rebelde*" (1951).

c) *Del amor*.— Que era el ciclo en el que estaba trabajando antes de morir y que se percibe en la novela "*El primer hombre*", inconclusa, y que su hija decidió publicar en 1994.

Más allá de esta clasificación, en la que Camus no incluyó otras obras suyas, algo menores, el pensamiento filosófico y existencial de este autor argelino-francés, con fuerte connotación española (su madre era de origen mallorquín y además confesó su

influencia de autores españoles), sigue siendo luz para todos los lectores que se preocupan por la condición libre del ser humano, sin ataduras éticas, ideológicas o políticas, sin condicionamientos sociales, abstracciones o evasiones culturales que lo alejen de su condición natural. La vida adquiere trascendencia y sentido cuando se comprende la absurdidad de los actos que la rigen, de las leyes que la aprisionan, de la falsedad de las creencias. Esto fue lo que Camus nos señaló y profundizar en su obra es un valioso ejercicio de autoconocimiento.